

## LA ACEDIA, UN MAL DE NUESTRO TIEMPO

El **Papa Francisco**, en su *Evangelii gaudium*, nn. 78–100, enumera unas tentaciones en las que podemos caer con frecuencia los agentes de pastoral de la Iglesia. Reconociendo en nosotros nuevos valores, señala peligros que nos pueden limitar y hacer enfermar. Recordemos, resumiendo, sus palabras sobre **la acedia egoísta**:

*“El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable” (82). “Así se gesta la mayor amenaza, que «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad»” (83).*

**Mercedes PaletFritschi**, Doctora en Psicología, y asesora en seminarios de España y Suiza, publicó en el semanario *Alfa y Omega* un artículo sobre el tema que nos ocupa el día 20 de febrero de 2020. La doctora no solamente piensa en los agentes de la pastoral sino que contempla la acedia como un mal de nuestro tiempo. Recojo sus palabras para que nos ayuden en nuestra reflexión:

### Naturaleza de la acedia

*“En su reciente obra *Se hace tarde y anochece* el cardenal Sarah advierte que el Occidente contemporáneo está viviendo las consecuencias de la acedia, un estado del alma fruto de una «aversión generalizada a todo lo que constituye la vida espiritual». Una de las consecuencias más evidentes y notorias de este estado anímico es la falta de alegría. No se trata de aquella tristeza melancólica y autonegativa de quien sufre una depresión. De lo que en la acedia se trata es de un «rechazo» consciente de la alegría en las cosas de Dios. Es el tedio y el desprecio por los bienes espirituales. «Es la indiferencia a ese don que es Dios mismo y un rechazo de la radicalidad de la llamada de Dios». Es un rechazo que produce una tristeza profunda, desesperada.*

### La acedia es tristeza por el bien

*Por su creación a imagen y semejanza de Dios, el hombre está inclinado de forma natural hacia lo verdadero, hacia el bien, hacia Dios, hacia el sexo contrario y hacia la conservación de la vida. La acedia es, en sí misma, tristeza por el bien. Una tristeza que tanto apesadumbra y deprime el ánimo de quien la sufre, que ya nada de lo que hace le agrada. ¡Nada! Situación insostenible para nuestra alma, que está llamada al gozo de la caridad y a la participación en la vida divina. Situación insostenible para nuestro ser, que también está llamado al gozo por la propia naturaleza racional, al gozo por los bienes admirables con los que Dios adorna cada una de las almas. Quien es ingrato ante los bienes recibidos de Dios y los desprecia, cae en la acedia. La dinámica de este proceso es clara: en primer lugar, no reconocer el bien recibido; después, mofarse de que lo recibido sea realmente un bien, y, por último, querer demostrar que ese bien, en el fondo, es un daño. Nada más alejado a la advertencia del apóstol: «¿Qué tienes que no hayas recibido?».*

## **La tristeza de la acedia**

*La tristeza de la acedia nada tiene que ver con aquella tristeza ordenada y lícita por un mal externo, por el mal moral, la corrupción, la violencia, las guerras, las injusticias. Lo grave es que es tristeza por un bien, por el bien interior donado por Dios en cada uno de nosotros. Por la acedia el hombre no goza del bien, lo rechaza, se entristece y huye de Dios, del bien de las cosas de Dios, del bien de las cosas queridas por Dios y del mismo bien que es su ser personal y que es su vida interior. El ser humano llega a perder el gusto por vivir y su dinamismo interior queda paralizado. Es lo que en psicología se describe con el término de vacío o frustración existencial, la antesala de la caída en la desesperación. La raíz de esta tristeza –señalaba Joseph Ratzinger– es la falta de una gran esperanza y la imposibilidad de alcanzar el gran amor.*

## **Vencer la acedia supone renuncia**

*Pero, ¿cómo es posible que alguien llegue a entristecerse frente a Dios?, ¿cómo es posible no alegrarse y gozarse por los bienes recibidos y a los que estamos llamados: el matrimonio, la familia, la amistad, la verdad, la honradez, la belleza, la entrega? La respuesta es también muy clara: porque para conseguir estos bienes, para mantenerlos y poder gozarse en ellos, es necesario renunciar a otros carnales, pasajeros, limitados, pero muy atractivos, especialmente en nuestros días en los que las personas y las sociedades tanto se han apartado de Dios y de las buenas costumbres. La alegría por las cosas de Dios exige renuncia a bienes que son atractivos, pero en los que el ser humano jamás encontrará el gozo verdadero.*

## **La acedia como huida**

*La huida propia de la acedia es una huida de sí mismo y una huida de Dios. Es la huida vertiginosa, fenómeno contemporáneo, que toma la forma de una necesidad constante de cambio. Es el frenesí agitado por la novedad, el horror por lo permanente, por lo que es propio de la naturaleza humana. En esta huida frenética se cae en la duda, la duda ante todo, ante el sentido de la vida, ante las verdades de la fe, y, sobre todo, ante la fidelidad y la esperanza, y se opta por una mediocridad relativista a la búsqueda de compensaciones y distracciones que apaguen, en un intento por silenciarlo, el grito del alma en busca de su bien, en busca de Dios.*

## **Consecuencias de la acedia**

*El hombre que tiene acedia huye del fin de su vida espiritual y se desespera; pero, además, impugna y se rebela ante aquellas cosas que le traen la tristeza. Por eso existe hoy un extraño odio del hombre contra su propia grandeza, contra su dignidad, y se pone en tela de juicio aquella verdad que recuerda al hombre su origen y su vocación: «El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (Gaudium et spes, 24).*

## **La importancia de la oración**

*Tenemos que aprender a orar con sencillez y confianza en la misericordia del corazón de Dios, porque si no oramos nunca tendremos vida interior. No hay otro camino ni remedio contra la tristeza de la acedia sino perseverar en la oración humilde y sencilla, para que Dios nos mantenga en su gracia y nos conceda el gozo de su amor”.*

Recuerdo para terminar un pensamiento de **LéonBloy**:

*“En este mundo sólo hay una tristeza: la tristeza de no ser santo”.*

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote  
[www.semillacristiana.com](http://www.semillacristiana.com)

Salamanca, 10 de marzo de 2020